

estruendo de los enfurecidos combatientes y recorría delirante los salones para descubrir al intendente y salvarlo haciendo cuantos esfuerzos le fueren posibles.

Pero aquellos hombres de ambas partes se habían encarnizado y era preciso matar ó morir: así es que ni la autoridad del anciano fué respetada.

Corrió detrás de un grupo que se dirigía á una pieza situada al extremo de una galería: un centinela que la custodiaba cayó muerto de un balazo. Entonces un hombre que por su porte y su traje revelaba no pertenecer á la clase del soldado que acababa de morir, se apoderó de su fusil y se plantó sereno en el sitio que había dejado vacío, esperando con sublime valor á los que se acercaban.

Varios tiros salen de los que se acercan, uno penetra en la cabeza del noble intendente Riaño, cuyo cuarto de centinela había durado solo dos segundos.

Un grito de horror y sentimiento lanzó el desdichado anciano, testigo de la muerte de su mejor amigo.

Al anoecer la Alhóndiga de Granaditas, presentaba un aspecto espantador y terrible; cerca de mil cadáveres de ambas partes se hallaban esparcidos en los diversos salones y galerías, sus rostros pintaban aún los últimos sentimientos que les habían agitado al morir; algunos presentaban las facciones crispadas por el furor, la sonrisa de la venganza satisfecha se dibujaba en los labios de otros; muchos rostros representaban un aire de súplica que de nada había valido, no pocos la desesperación de morir cuando aun la vida les era tan querida.

Pedazos de armas de todas clases, puñales clavados en el pecho de las víctimas, vestidos desgarrados, hombres horriblemente mutilados, pidiendo socorro por un último aliento de vida, ó guardando silencio por un último aliento de terror y de instintos de conservación; combatientes todavía enlazados, que se habían muerto mutuamente, frascos de azogue, algunas barras de plata, he aquí el estado que indicaba el terrible paso de las pasiones fermentadas del hombre.

La ciudad de Guanajuato, presentaba un aspecto no menos espantoso; en lontananza se oían algunos tiros que indicaban que la matanza aun no había cesado, gritos de furor y gemidos de súplica: segunda parte en fin de las escenas de la tarde, á pesar de los esfuerzos y vigilancia de un jóven que corría sin temor por todas las calles tratando de acuartelar á los soldados, ébrios por el vino y el triunfo que acababan de conseguir.

Era Gil Gomez.

## CAPITULO XII.

*Doña Regina de San Victor.*

Dejemos á Hidalgo marchar sobre Valladolid, despues de haber permanecido algunos dias en Guanajuato, y trasladémonos á una casa de la suntuosa y sombría calle de las Capuchinas en México.

Serian las cuatro de la tarde cuando un magnífico carruaje, que hacia consistir todo su lujo, en



un sobrecargo de adornos de plata, según el gusto de la época, se detuvo en el número 5. El lacayo, vestido con una librea de color azul, con galones amarillos se apresuró á abrir la portezuela, quitándose respetuosamente el sombrero, después de haber dado dos fuertes eslabonazos á la maciza puerta que estaba completamente cerrada. Luego que ésta se hubo abierto, se apeó del carruaje un hombre, cuya fisonomía no se podía contemplar, porque la velaba el emboce de una capa española de la época, habló unas palabras en tono imperativo al cochero, que al oírlas dió un latigazo á sus caballos, yéndose á colocar al lado opuesto de la calle, precisamente debajo de las tapias del convento de las capuchinas; la puerta de la casa se cerró detrás del desconocido y todo en esa calle, en aquella época y aun hoy tan sombría volvió á quedar en silencio. El caballero, atravesó un oscuro aunque amplio patio encajonado entre cuatro portales, subió una ancha escalera hasta llegar á un estenso corredor, en el cual habían formado un jardín, según la profusión de macetones que lo orillaban, cargados de las mas esquisitas y hermosas plantas.

Un criado respetuoso vestido de una librea de color pardo, se presentó ante el caballero, suplicándole le signiese: hízole penetrar en un suntuoso salon, después de haber atravesado una antecámara: el criado se retiró y el caballero se dejó caer en un asiento.

Razon hemos tenido, al llamar al salon con el nombre de suntuoso. Era en efecto una vasta pieza, que aunque daba á la calle, estaba sin embargo sumergida en una elegante, aunque sombría

media luz, porque los dos balcones que la iluminaban, estaban cerrados y ocultos por un cortinaje de damasco de seda azul oscuro, atestigüando que muy pocas veces, ó tal vez nunca, se abrían para que los habitantes de esa suntuosa morada contemplasen la calle. Una alfombra de esa tela bordada, que está dando una prueba incontestable de lo contrario á los que niegan la civilización de los chinos, apagaba el ruido de las pisadas: las paredes estaban tapizadas con papel verde oscuro de Persia, sobre cuyo fondo se ostentaban hasta mas de seis cuadros de marco dorado y enormes dimensiones, representando la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Dos sofás de tela finísima de damasco del mismo color azul oscuro del cortinaje, con marco de madera dorada, elevándose á bastante altura en el respaldar hacía la parte media, adornaban los dos extremos del salon. El resto de los muebles como las sillas, los espejos, las consolas, presentaban ese sobrecargo de molduras doradas tan lujosas; pero tan de mal gusto, á la Luis XV.

No sé qué sentimiento de tristeza, ó de terror se apoderaba del ánimo al contemplar aquella habitación tan magnífica, pero tan sombría, que debía estar de acuerdo con los sentimientos de sus ricos habitantes; aristócratas hastiados acaso de los placeres de la vida y cerrado su corazón á todos los nobles y tiernos afectos. Estas reflexiones cruzaban tal vez por la imaginación del desconocido visitante de aquella misteriosa casa, que como hemos dicho se habia dejado caer con desenfado sobre un sofá, porque después de haber recorrido con miradas oblicuas toda la habitación, inclinó su cabeza



sobre el pecho y pareció hundirse en una profunda reflexion.

Ahora que ya ha bajado el emboce que velaba su rostro, examinémosle con detencion.

Era un hombre que representaba tener mas de treinta años, aunque en su rostro se leian los signos de una vejez precoz por los vicios ó por los pesares. Su tez era estremadamente pálida; pero con esa palidéz lívida que da miedo, porque se parece mucho á la palidez del crimen ó de los remordimientos; sus ojos pequeños sombreados por un círculo amoratado, despedian un brillo fosfórico como los de un tigre y lanzaban una mirada obliqua como los de una hiena, su nariz recta algo ensanchada hácia su estremidad indicaba segun los fisonomistas célebres, una propension marcada al disimulo, sus labios delgados y blancos parecian una simple incision hecha en el rostro, sus pómulos salientes, y las protuberancias marcadas de su cabeza revelaban la astucia y la lujuria. Coronaba aquel rostro disimulado, una cabellera poco abundante de color rubio casi rojo, formando ese peinado peculiar á la Cárlos V., y una barba escasa del mismo color. El conjunto de aquella fisonomía, que si no era hermosa tampoco podia llamarse fea, presentaba un aspecto repugnante y desagradable de contemplar, acaso porque en ella se leia á primera vista la fealdad moral. Sus formas eran robustas y elegantes, su estatura elevada. Vestia el traje de la época; pero con un lujo y esmero exquisitos, que revelaban ó su cuna distinguida, ó sus numerosos bienes de fortuna.

Cerca de diez minutos habian trascurrido desde su llegada, cuando la puerta vidriera que daba á

las habitaciones interiores de la casa, se abrió silenciosamente, dando paso á una nueva persona que la volvió á cerrar con precaucion.

Al leve ruido que produjo la vidriera al girar sobre sus goznes, y al de los pasos de la persona que se acercaba, alzó el caballero la cabeza, que segun hemos dicho, habia inclinado sobre su pecho, sumergido en una profunda meditacion.

La persona que se acercaba era una muger.

Cualquiera otro que el preocupado caballero tal vez demasiado acostumbrado á verla, habria lanzado un grito de admiracion y sorpresa al contemplar aquella muger.

Era en efecto una muger; pero una de esas mugeres hermosísimas á quienes es fuerza amar con fiebre al contemplarlas solamente, una de esas mugeres en quienes la combinacion fisica y moral, produce una especie de *ángeles-demonios*, capaces de trastornar la cabeza de mas sana razon, y de hacer condenar al filósofo mas severo y mas desengañado, con solo una mirada.

Hay en la tierra una especie de hermosura, que exige ser estudiada con detenimiento, ó comparada con el alma para ser considerada como tal; pero hay otra que es tan incontestable como la luz y que no permite ser estudiada á sangre fria, porque su contemplacion es ya el amor.

La primera es mas comun porque es relativa y muchas veces se forma sin existir físicamente: la segunda es muy rara, porque es enteramente absoluta y no se forma, sino que existe.

La primera consiste en la regularidad de las formas ó en la simpatia y puede ser negada por al-



gunos; pero la segunda sin consistir en nada, no se puede negar porque es un hecho.

¿En qué consiste esto? En nada, tal vez es una fábula; pero en una fábula muy bella, que hace creer en la verdad.

De esta última clase de hermosura era la de la mujer que acababa de presentarse en el suntuoso salon de la calle de Capuchinas.

Era una jóven que representaba tener de veinte á veintidos años á lo mas; la suave blancura de su tez, el brillo de sus divinos ojos, el dulce castaño de sus cabellos, el gracioso corte de su rostro, la pequenez de su rosada boca, formaban una fisonomía imposible de describir por detalles, una de esas fisonomías de reina, que enloquecen al contemplarlas: lanzaba miradas, que hacian caer de rodillas á sus plantas, para suplicar se volviessen á lanzar; reposaba aquella cabeza artística sobre un cuello blanquísimo, con ese blanco particular que toma la nieve de los volcanes á la aproximacion del crepúsculo, cuando el sol no la dora ya con sus rayos: sus manos parecian una de las muestras de escultura que presentó Benvenuto Cellini al rey Francisco I.

Andaba con una oscilacion tan magestuosa y tan suave al mismo tiempo, como la que toman á impulsos de los vientos, las anchas hojas de los cañaverales del valle de México, su cintura era tan estrecha que se hubiera podido abarcar fácilmente con solo las manos, si aquella hermosísima y orgullosa jóven hubiera permitido que algun mortal fuese tan dichoso para tocarla de esa manera. En efecto, á primera vista se leia en aquel sublime rostro una expresion de orgullo y altivez, que le

daba un sello particular, muy semejante al de la estatua de la diosa Juno. Su labio superior algo grueso y ligeramente vuelto hácia arriba, formaba esa sonrisa de desden peculiar á todos los nobles vástagos de la casa de Austria.

Vestia un lujoso traje de terciopelo escarlata, de corpiño estrecho y escotado por delante, segun la moda ya en esta época pasada de la libertina corte del libertino Luis XV; pero velaba lo que la vista hubiera deseado penetrar, una especie de pañoleta de red de plata muy tupida, salpicada de perlas pequeñas, muy semejante á la que poco tiempo antes habian usado en Francia las damas del efímero imperio. En vez de llevar el vestido alto, que permitia ver los piés como lo llevaban las señoras de la corte americana, lo dejaba arrastrar por el suelo tanto ó acaso mas de lo que hoy le dejan las damas de nuestras capitales: como complemento de aquel traje, se suspendia á su hermoso desnudo brazo por medio de un anillo de oro, un abanico finísimo de concha y leves plumas con armiño blanco.

Cualquiera al haberla visto en su casa con este lujoso traje de baile ó de corte, habria pensado que la bella jóven se habia vestido así para esperar al caballero visitante, á fin de desplegar ante su vista todo el brillo de su magnífica hermosura.

Este al verla se puso de pié y por mucha que fuera la costumbre que tenia de contemplarla, ó por mucho que los placeres hubiesen saciado su corazon, no pudo reprimir un movimiento de admiracion: su cara naturalmente palida se coloreó hacia los pómulos por la emocion, sus lábios se entreabrieron por una sonrisa infernal y sus ojos al cla-



vase un instante en aquel rostro y aquel seno de alabastro, lanzaron una chispeante mirada de pasión y de deseos.

Pero pudo tal vez ocultar su emoción á la dama, porque se inclinó respetuosamente, haciéndose á un lado para que pasara al sofá.

Esta despues de haberse sentado le hizo seña de hacer lo mismo.

El caballero acercó al sofá un sillón y se sentó.

Los dos se miraron fijamente á la cara antes de hablarse.

Cualquier al haber observado la espresion de sus fisonomías, hubiera creído desde luego, que aquella no era una simple visita en que se iban á tratar asuntos indiferentes y diversos, sino que se iba á entablar una lucha entre la bella señora y el respetuoso caballero.

Al cabo de un momento, rompió éste el silencio, diciendo con un acento de amor y adulacion.

—Me habeis mandado llamar, Doña Regina, y me he apresurado á obedeceros.

—Os he hecho venir, Don Juan, porque tenemos que hablar de asuntos importantes, dijo á su vez la dama, con una voz argentina y vibradora, cuya dulzura estaba sin embargo un tanto templada por un acento de imperio y orgullo.

—Hablemos pues Doña Regina, pero antes permitidme que os acompañe en el justo duelo que desde hace pocos dias os agobia por la sentida muerte de vuestro hermano, continuó el caballero, procurando dar á su rostro naturalmente impasible una espresion de afliccion que no experimentaba.

—¡Ah! ¿lo sabiais ya? exclamó la dama, ligera-conmovida.

—¡Dejo yo acaso de saber alguna vez las cosas que tienen relacion con vos? señora.

—Mil gracias, Don Juan.

—¡Oh! bien sabeis que no os lo digo para que me deis las gracias. Pluguiera al cielo Doña Regina que no me interesase tanto lo que á vos atañe.

—No se trata ahora de eso Don Juan, dijo la jóven sin poder reprimir un movimiento de impaciencia; pero despues conociendo tal vez que este habia sido muy marcado, se apresuró á disminuir su intensidad, diciendo con la voz mas dulce que pudo al caballero.

—No se trata de eso, mucho agradezco vuestro amor; pero aún no me atrevo á creer en él y por consiguiente no hablemos mas de ello.

—¡No creéis en el Doña Regina, no creis en él, y por seguiros á América, he abandonado, patria amigos, hogar, fortuna, cuanto amaba en fin, fuera de vos sobre la tierra? dijo Don Juan con acento de pasión, animado y casi ennoblecido su rostro por el fuego del amor.

—¡Y no se podría hacer todo eso por un capricho de amor propio? preguntó Doña Regina, con su particular sonrisa de desden.

—¡Por un capricho de amor propio, se sufren acaso las humillaciones de una muger tan altiva como vos? ¿por un capricho de amor propio, se abandonan todas las dulzuras de las distinciones de la nobleza, para correr detrás de vos á América, como uno de tantos aventureros oscuros que la España arroja á este infernal país? Vos Doña Regina que sabeis perfectamente quien soy y el título que llevo, vos que me habeis visto en otros dias en España, grande, poderoso, considerado y hoy me



veis aquí humillado, despreciado, confundido entre la turba que ignora mi nombre; sois ciertamente la que teneis menos derecho á espesaros así.

—Veo, que ponderais demasiado el sacrificio ¡creísme acaso tan poco digna de todo eso que acabais de decir, Don Juan?

—No, Doña Regina, por comprar vuestro amor de un momento, me dejaria morir gustoso; pero, os diré tambien ¡creis acaso que vuestro desden, merezca tantos sacrificios?

—Veo, Don Juan, que nos desviamos del objeto, porque pienso que no creereis que os he llamado, para que digais lo mismo que inútilmente me habeis dicho tantas veces, dijo la cortesana con reconcentrada espresion de alavez.

Don Juan dió un saltó al oír tan injuriosas palabras y mirando á Doña Regina con terribles muestras de cólera y orgullo ofendido, le dijo con tono imperativo.

—No lo creo así Doña Regina; pero me place que hablemos de ello y siempre de ello.

—Hablemos pues de ello si os place; os concedo un cuarto de hora para esta conversacion; pero con la condicion que despues me consagrareis el tiempo necesario, para tratar del negocio á que os he llamado.

—Sea como quereis; pero en ese cuarto de hora vais á escuchar mi resolucion definitivamente, al saber lo que por vos he sufrido, dijo Don Juan con una voz que á cualquiera otra que á la bella señora hubiera causado terror; pero ella solo murmuró con indiferencia.

—Sed pues breve en vuestra narracion.

—Bien sabeis Doña Regina, continuó Don Juan,

cuál ha sido mi vida antes que os viese por la primera vez: Con un nombre distinguido, con inmensos bienes de fortuna, no recuerdo que alguna vez haya dejado de gozar lo que desee, la sociedad me hastió á los veinticinco años, porque de orgía en orgía, de seduccion en seduccion, ni pude imaginarme que hubiese muger que me resistiera y al verlas tan fáciles y tan á mi alcance me fastidiaron completamente. Pero una noche ¡os acordais señora? pronto hará cuatro años, fui invitado á un sarao, en el palacio del conde de la Ensenada; con mi desencanto crónico me dirigí á él, porque el baron era uno de mis amigos de prostitucion y orgías, á quien habia prometido acompañarle siempre en ellas: Llegué; el sarao habia comenzado, lo mas granado de la corte se encontraba en él; me dejé caer en un sofá, porque una gran parte de aquellas damas, habian sido mis pasatiempos de juventud y á todas casi les habia dejado, recuerdos mas ó menos vivos: Sin querer oí una conversacion bastante animada, que llevaban junto á mi dos de esas viejas damas que asisten á las fiestas, para cuidar de las jóvenes, ó para beber en la fuente de la chismografía.

—¡No la habeis visto? Doña Estrella, decia una de aquellas señoras á su interlocutora.

—Por mas que lo he intentado no he podido, conseguirlo, porque la rodea una turba de aduladores.

—¡Oh! es muy hermosa, por cierto, nunca habia yo visto una muger tan bella.

—¡Y esta noche es la primera que se presenta en la corte?

—Hace solo una semana que ha llegado de



Francia, y dicen que es descendiente de la noble casa de Austria.

—¿Pero quién la acompaña?

—Nadie, vive enteramente sola con sus criadas en un elegante palacio de la calle de Alcalá. Pero vedla, precisamente en este momento danza con el conde de la Ensenada.

—Volví la vista por una simple curiosidad y así ví, señora.

Don Juan, se interrumpió llevando su pañuelo a su frente inundada de sudor, y al cabo de un momento continuó.

—Os ví, con vuestra hermosura de reina, que jamás pude imaginarme que existiera, con vuestro aire de orgullo: Vestiais un traje muy semejante al que ahora llevais precisamente.

No se que pasó por mi al contemplaros tan seductora, todos mis planes de indiferencia se desvanecieron á vuestra vista y sentí que un vértigo extraño se apoderaba de todo mi ser.

Os seguí con interés mientras danzábais y luego que la pieza que bailabais con el de Ensenada hubo concluido, supliqué á este me presentase con vos, para solicitar igual favor: me lo concedisteis con atención al título que llevaba y esperé con impaciencia que la música preludiara la pieza prometida. Ese instante llegó y me confundí con vos en el torbellino de parejas: el fuego de vuestros ojos quemó mi corazón, el contacto de vuestra mano magnetizó mi ser, la música de vuestra voz fué á encontrar un eco en mi alma. Cuando salí de allí ya yo idolatraba, y estaba delirando por vos.

Ya sabeis despues lo que ha pasado Doña Regina, solicité ser presentado en vuestra casa y me re-

cibisteis con frialdad, os revelé mi pasión y me respondisteis sin conmoveros que habiendo dejado en Francia unos amores de corazón, habiais resuelto no amar á nadie, ni casaros jamás: continué mis visitas porque me era imposible vivir sin veros y porque esperaba ablandar vuestros rigores con mi constancia; pero me obligasteis con desaires que ni un hombre de la hez del pueblo hubiera soportado, á no volver á repetirlos; pero os seguí como sombra donde quiera que fuisteis, maté á un hombre en un duelo y herí á otro, solo porque el primero se habia atrevido á seguiros y el segundo se habia permitido espresiones injuriosas acerca de vuestra conducta en Francia. Tuve que vivir oculto para huir de la justicia; pero sabiendo todo lo que os tocaba por mis agentes. Un dia supe que dejábais la España para venir á América á uniros con un hermano que amábais, el único pariente que os quedaba en el mundo y me embarqué en Cadiz para seguiros. Ha seis meses que vivo en este país, oscuro, medio arruinado, respectivamente á lo que poseia en mi patria y tan despreciado por vos como allá.

Ahora, sabed finalmente, señora, la postrera resolución que ayer precisamente he tomado con respecto á vos, y oidla bien, Doña Regina, porque acaso os interese mas de lo que pensais, exclamó el castellano con acento de profunda firmeza. Perdido ya para todo, fuera de vos en el mundo: dentro de tres meses habeis de ser mia de grado ó por fuerza, de grado ó por fuerza, ¿lo comprendeis? Hoy ya no tengo amor por vos, hoy lo que tengo es frenesí, son brutales deseos de poseeros, gozar de vuestra hermosura y morir despues: porque, á



vos sola os lo digo como se lo diria á mi confesor, odio la vida, aborrezco á los hombres, sus glorias y sus placeres me hastían, necesito para no morirme las fuertes emociones; quisiera tener remordimientos, y procuro hacer todo el mal que puedo.

Y al decir estas palabras, el pálido caballero se erguia amenazador y horrible de contemplar.

—¿Habeis acabado ya? preguntó con indiferencia Doña Regina.

—Creo que no tengo mas que añadir que ya no sepais, respondió Don Juan.

—Pues oidme solo dos palabras que voy á deciros, señor Don Juan de Enriquez, no es necesario decir mas, ni disimular mi oculto pensamiento, porque vos le comprenderiais al momento; pero nosotros conociéndonos tanto debemos manifestarnos el uno al otro, tal como somos realmente sin temor.

—Ya os escucho, señora.

—Don Juan, yo estoy tan fastidiada como vos ó mas de la vida.

—Lo conozco, Doña Regina.

—Como vos, aborrezco á los hombres y me complazco en hacerles todo el mal que puedo.

—En mí lo estoy experimentando.

—Yo amaba en Francia con todo mi corazón á un hombre y ese hombre fué muerto por opiniones políticas.

—Lo sé perfectamente, Doña Regina, era el conde de...

—No es necesario que digais su nombre.

—Le mató un hombre del pueblo, un hombre de la familia de Marat y Robespierre.

—Mas tarde nos acordaremos de eso, Don Juan.

—Sea, Doña Regina.

—Vuestra tenaz persecucion ha agriado mas mi carácter y me ha hecho de peor condicion de lo que era en Francia.

—Tambien lo adivino.

—Desciendo de una casa muy noble.

—De la del Austria nada menos y sois parienta de la decapitada reina Maria Antonieta.

—Si, casi todos mis descendientes han muerto á manos del pueblo.

—Es cierto.

—El hombre que amaba ha sido asesinado por ese pueblo, solo porque llevaba el título de baron, y su padre habia sido enemigo de Marat que tambien le asesinó.

—Pero ese jóven, habia seducido á una hija del pueblo abandonándola despues, y su padre la vengó.

—¿Tiene acaso el pueblo derecho para vengarse de las afrentas de los nobles?

—No le tiene, señora, el pueblo debe sufrir y resignarse, para eso ha nacido miserable y abyecto.

—Un hermano que me quedaba, el único ser que amaba yo sobre la tierra ha sido asesinado hace pocos dias en Guanajuato, por ese mismo pueblo.

—Si, por esos miserables indios, que acaudilla ese cura Hidalgo, que pretende hacer independiente este país de la corona de España.

—Muerto mi hermano, han muerto mis últimos buenos instintos y de sus ruinas se ha levantado un sentimiento dominador, terrible.

—¿Puedo saber cuál es?

—La venganza.

—El mismo que me avasalla.



—Tal vez llegaría á amar al hombre que me lo proporcionase, ó al menos á admitir su amor.

—Gracias, Doña Regina, creo que nos hemos comprendido por fin.

—Sí, porque vos también aborreceis al pueblo tanto como yo.

Y los dos personajes se irguieron terribles y amenazadores, permaneciendo un momento en silencio.

### CAPITULO XIII.

#### *Planes.*

Al cabo de un rato, rompió por fin Don Juan el silencio, preguntando con misterio.

—¿Estamos solos, Doña Regina?

—¿Sabeis acaso que alguna persona, fuera de mis criados me acompañe en mi casa?

—Está bien, entonces hablemos.

—Hablemos, Don Juan.

—Ordenad, que haré cuanto digais.

—Después de haber sido durante cuatro años, sombra del cuerpo uno de otro, creo que hasta hoy comenzamos á obrar de acuerdo, porque un igual sentimiento nos asemeja un poco, dijo la bella dama con un acento casi de pasión; pero cuya dulzura agriaban un tanto el odio y el resentimiento que la dominaban.

—Bendita sea la venganza, puesto que así me acerca á vos, Doña Regina, exclamó el caballero con un transporte de amor que daba miedo.

—Los dos odiamos al pueblo, vos porque sois

noble y hoy os veis casi confundido entre él, yo, porque ese pueblo ha muerto á cuantos llevaban sangre de mi sangre ó á cuantos amé sobre la tierra.

—De hoy en mas, mi aborrecimiento será doble, porque lo odiaré por mí y por vos.

—La sangre de mi hermano, muerto en Guanaquato, pide sangre.

—Y la obtendrá, señora, os lo prometo solemnemente.

—¿Me lo prometeis, Don Juan?

—Os lo juro; pero ¿cuál ha de ser el premio de ello?

—Mi amor, Don Juan; mas, no mi amor, porque ya no existe; pero vuestra seré si os atreveis á ejecutar cuanto os dijere.

—Tampoco yo solicito vuestro amor, porque no lo comprendo; pero quiero que ya que los dos no podemos amar, seais mía de grado y no por fuerza.

—Lo seré, ¿pero sabeis á todo lo que os comprometeis?

—Lo adivino, señora, me vais á proponer que busque para matarlos á los asesinos de vuestro hermano.

—¡Oh! no, porque sería difícil que los encontrarais; es una cosa mucho mas sencilla que eso.

—Decidlo.

—¿Lo digo, Don Juan?

—No vacileis, señora.

—Pues bien, mi voluntad se compra con la cabeza del cura Hidalgo; dijo la cortesana en cuyos ojos brilló un relámpago de ira.

Era tan terrible la propuesta, que el caballero no pudo menos de dar un salto de sorpresa, é iba